

Relatos Breves de un Escritor de Fondo

Conversaciones para Solitarios

Germán Marín. Editorial Sudamericana, Santiago, 1999. 176 páginas.

por Javier Edwards Renard

GERMÁN Marín es un escritor de minorías, probablemente, porque sus textos suelen ser duros, complejos, exigentes. Frente a las dos primeras partes de su trilogía **Historia de una absolución familiar: Círculo vicioso** (1994) y **Las cien águilas** (1997), no hay subterfugio que valga. Desde su prosa densa, de un barroquismo lúcidamente terco y sin renunciar al compromiso de su perspectiva, comparte una mirada valiosa sobre las oscuridades de la identidad nacional. Marín no está dispuesto a hacer concesiones, ni le interesa seducir más que decir; claro ejemplo de ello son, también, sus textos breves «Carne de perro» y «El palacio de la risa» (1995) donde, con crudeza, refiriendo nombres y apellidos de personas que aún circulan por ahí, cuenta el asesinato de Pérez Zujovic y la tenebrosa memoria de Villa Grimaldi. Y si de alguna manera pudieran sintetizarse sus habilidades como escritor, quizás haya que recurrir a la jerga de los atletas, diciendo que es un corredor de fondo: tozudo, irregular en su tranco, perseverante en alcanzar la meta.

En **Conversaciones para solitarios**, Germán Marín entrega 17 relatos. De temática diversa, escritos a lo largo del tiempo y confesamente reescritos para su publicación, presentan, sin embargo, ciertos rasgos comunes que los emparentan con sus textos de más largo aliento y que confirman que el terreno en que este escritor se mueve con más soltura y efectividad es en los cinco mil



más que en los cien metros. En estas breves historias, la extensión no alcanza a dar el respiro suficiente para digerir la atmósfera creada, el lujo del detalle impuesto, el lenguaje cargado, adjetivado, a veces, hasta el extremo: "... el tango, agónico y turbio como un episodio malévolo, desfallecía con el último reclamo del bandoneón del gordo Pancera, en un sonido que se cerraba con el jadeo del fuelle, a la vez que ella, al soltarse luego de la mano, me regalaba profética, hasta el fin de mis días, la propina de una ancha sonrisa, generosa como fue". («La noche que bailé con Ava Gardner»).

Resulta adecuada la presentación de estos

textos como "relatos", porque, claramente, no tienen el equilibrio que hace de una historia breve, un verdadero cuento. En **Conversaciones para solitarios** hay algo distinto, la licencia que se da a un escritor de peso para contar a su antojo, para ejercitar o experimentar —como en los estudios musicales— un ritmo narrativo distinto que, en esta colección, en la mayoría de los casos, no logran alcanzar la rapidez necesaria y sucumben ante una morosidad que proviene de una pluma mejor dotada para la novela. Hay, incluso, momentos en que Marín, el escritor que se jacta de recio y duro en las dos partes publicadas de su trilogía o en el **Palacio de la risa**, sorprende con un lirismo nostálgico que sería saludable si lograra conmovir —lo que no hace— la parca sensibilidad contemporánea: "En el silencio de la tarde, las hojas de los laureles perduraban vencidas en una alfombra amarilla, mezcladas con los papeles que nadie barriá ya, crujiendo el desperdicio bajo nuestros pasos. Santiago parecía una ciudad aquejada de una enfermedad desconocida" («Mi primo Miguel») o "Primero, están tus manos amarillas, secas, durmientes en ese ovillo de dedos depositado en la manta de viaje que protege tus piernas extenuadas, largas. Con más atención, se descubren las manchas de un pálido color marrón, como grandes pecas diluidas por la cera del tiempo, que muestras al desenrollarse ese ovillo de tu cansada carne..." («Tiempo muerto»). Omite toda economía en la imagen y muestra cierta falta de edición, como en el último ejemplo, donde el recurso al "ovillo" se repite injustificadamente.

Y esa lentitud que se percibe a lo largo de casi la totalidad de estos relatos se salva, por momentos, en textos como «Arenas vacías», donde el aliento existencial logra ajustarse a las palabras adquiriendo un revitalizado aire tabucchiano; en «La perfumada», el más logrado de este conjunto,

donde "Lo aciago, lo crispante, lo mojado, lo fatal" —según el epígrafe de Cesar Vallejo— se hace patente en el relato intenso de un crimen que se cuenta con sutil violencia, con absurda precisión, desde las oscuridades del Parque Cousiño; o en «El último resplandor de una tarde precaria», texto que logra en tres páginas recuperar la memoria de ciertos personajes y lugares de un país que se ha ido desvaneciendo con la misma rapidez con que se construyen centros comerciales.

Si bien **Conversaciones para solitarios** se presenta con esas irregularidades, bajo el imperativo de un anacronismo a veces asfixiante, también tiene, paradójicamente, el mérito de recoger, en el entrevero de su lenguaje recargado, imágenes olvidadas, censuradas o abortadas de la identidad local. De alguna manera, y tal como señalé cuando me referí a **Las cien águilas** («Revista de Libros» N° 430), en estos relatos Marín sigue siendo una suerte de "escribiente", según el término tomado de Enrique Lihn. Un autor que puede darse el lujo de tropezar con la forma, de excederse en los recursos narrativos, de correr una carrera de cien metros con la lentitud de una tortuga porque, en el fondo, llega a la meta de decir lo que quiere, de rescatar desde su personalísimo recuerdo —esclarecedor, resentido, arbitrario, valiente, verdadero, impío— historias que terminarán por enriquecer nuestra empobrecida cultura.

Bajo la perspectiva particular del gusto, me quedo con **Círculo vicioso** y **Las cien águilas**, espero con paciencia el tercer y último tomo de su trilogía. Marín ya tiene ganado un lugar de privilegio en nuestra literatura, porque no va con la corriente de lo fácil, porque se arriesga a escribir como le da la gana y, por último, porque se atreve a ser Germán Marín y no se parapeta detrás de ninguna marca registrada: James, Greene, la generación beat o cualquiera que sea.